







Diseño e ilustración de portada: Mr. Power

© 2018, José Madero Vizcaino

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5224-7

Primera edición impresa en México: septiembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5227-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México — *Printed and made in Mexico*

**PESADILLAS
PARA CENAR**

DESADILLAS PARA CENAR

Capítulo 1

PRECAUCIÓN

Aviso desde ahora: lo que voy a contar pasó de verdad, y ocurrió tal como lo narraré. Quien decida no creerlo correrá el riesgo de toparse en la realidad con algo muy parecido a lo que leerán en los siguientes capítulos. Tengan cuidado y no la tomen como una historia más, como un cuento para pasar el rato o un libro que se queda en el estante. Porque, aunque siga ahí, olvidado entre novelas de aventuras y manuales de la escuela, estos sucesos se les quedarán en la memoria y reaparecerán en diferentes momentos.

Si ya tienen el libro en las manos, mejor léanlo. Pero si deciden que prefieren mantenerse a salvo, lejos de estas páginas, les sugiero que sea antes de comenzar con la lectura. Ya que les avisé, tampoco les revelaré el tipo de pesadillas que encontrarán. Para averiguarlo, pasen la página.

Capítulo 2

PASILLOS Y ESCALERAS

Rozar la pared rasposa con las yemas de los dedos la ayudaba a no perderse en medio de la oscuridad. A no despegarse o, al menos, a imaginar que caminaba en línea recta. Ya ni sabía cuánto tiempo llevaba avanzando sin ver nada, sólo un puntito de luz al frente que se mantenía de un tamaño constante. Ni crecía ni disminuía.

Por eso creía que no se acercaba a ningún lugar, pero tampoco se alejaba. Aquel era sólo un minúsculo círculo blanco que le prometía una salida. La típica luz al final del túnel. Caminaba. A paso lento. Sin detenerse. La pared no era demasiado áspera: sentía —aunque, claro, sólo podía imaginarlo— que estaba construida con algo parecido a esas piedras grandes y redondas que se encuentran al fondo de los ríos y de los arroyos. Sin embargo, notaba que tenía lastimadas las yemas de los cinco dedos, pero ni cómo verlas.

PESADILLAS PARA CENAR

Al principio, durante algunos minutos o quizás una hora —no lo sabía porque tampoco tenía forma de contar el tiempo—, todo era puro silencio y sólo escuchaba sus pensamientos. Pensamientos que en realidad sólo repetían preguntas o trataban de adivinar en dónde podía estar. Y por qué. Lo raro era que, a pesar del silencio y de la oscuridad, sentía que alguien la observaba. Volteó hacia la izquierda y la derecha para intentar ver algo, pero fue en vano: era una presencia que no estaba en esas direcciones, estaba en todos lados. Como si la forzara a moverse.

Así pasó un rato. Pero luego, poco a poco, como si llegaran de lejos, como ecos que se acercaban, empezó a escuchar voces de niños, de niñas, que pedían compañía y decían cosas como:

¿Dónde estoy?

Someone there?

¿Quién anda ahí?

¿Aló?

¿Me escuchan?

Hola

¡Ayuda!

Onde estou?

¡Mamá!

No veo nada, no veo nada

Je ne vois rien

Podía entender las palabras, incluso aquellas en idiomas que no conocía, pero se escuchaban muy lejos, como si estuvieran a kilómetros de distancia.

Violeta no recordaba la forma en que había llegado a ese pasadizo negro, simplemente sabía que estuvo ahí de un momento a otro, caminando, perdida. También ignoraba el motivo, y por eso se lo preguntaba. Lo que sí sabía

era que los párpados se le habían vuelto pesadísimos, y que había instantes en que seguía avanzando con los ojos cerrados, dado que no veía nada aunque los mantuviera abiertos, y el sueño la tenía exhausta. Además, aquella presencia, a la vez que maléfica y hostil, se sentía adormecedora. Como si le cerrara los ojos. Se caía de sueño porque llevaba ahí tanto tiempo, que no podía mantenerse despierta, pese a las voces que no dejaban de escucharse.

Por fortuna, luego de un buen rato, el puntito de luz que veía al frente comenzó a crecer sin más, de golpe, hasta transformarse en un círculo, y luego en una esfera más grande: de pronto podía ver el piso, las paredes, el camino que tenía enfrente. Se detuvo. La inesperada iluminación, así como la posibilidad de encontrar una salida pronto, la ayudaron a sacudirse el sueño y a mantener los ojos bien abiertos. Tenía la mirada puesta en el suelo. Los azulejos se veían limpiísimos, con relucientes rombos oscuros, negros y blancos, como si fuera la pista de baile de alguno de los palacios cuyas larguísimas descripciones había leído en los libros que acumulaba en los estantes de su habitación.

De repente se encendieron unos candelabros que colgaban del techo; su luz le permitió saber que se hallaba en un corredor sin puertas que parecía infinito. Pensó que aún tendría que dar muchísimos pasos para llegar a algún lugar, si es que había algún lugar al que llegar. Bueno, al menos ahora veía.

De inmediato pensó que tal vez se parecía al interior del Palacio Real de Madrid, al que nunca había entrado pero sí contemplado montones de veces desde fuera: se sentaba con su madre a comer un bocadillo de jamón y una Fanta de limón, cada una leyendo su libro sin decirse nada. Todas esas mañanas y tardes imaginó cómo se vería el palacio por dentro.

Siguió avanzando. Todavía no quitaba la mano de la pared, tan diferente de aquellos pisos elegantes: como una cueva, no tenía forma, era gris y bastante fea. Tal como lo había pensado, estaba hecha de piedras como las de ríos y arroyos. No eran paredes blancas y limpias como las que, según ella, tendrían los castillos o el palacio español. Se detuvo otra vez. Acercó la mano a los ojos para comprobar si se había lastimado, y vio que de las puntas de los dedos le brotaban algunas manchas de sangre de un gris tenue. ¿Sangre gris?

Se vio los pies descalzos y movió los dedos, también grises; luego recorrió con la vista las figuras geométricas de la pijama que le había regalado su abuela un año antes, en su cumpleaños número diez: gris, gris oscuro, gris más claro, negro, casi negro, blanco... No se había dado cuenta hasta entonces. Toda ella, y todo lo que la rodeaba, estaba pintado del mismo color que las películas que transmitían en uno de los canales de cable: «en pantalla de plata», como le gustaba llamarlas a su abuela por la amplia variedad de grises de sus fotogramas, o como en realidad se las conocía... ¡en blanco y negro! Justo así lo veía todo ahora.

Violeta consideró, como es obvio, que aquello era rarísimo y que nunca había estado en una situación similar. Claro, ¿y quién sí? Se talló los ojos. Tal vez todo era un efecto óptico por seguir despierta a esas horas de la noche..., si es que seguía siendo de noche, porque en ese pasillo no podía saberlo. Seguramente el cansancio la había afectado. Parpadeó y volvió a abrir los ojos, pero aquel lugar tenía el mismo aspecto deslavado que el dibujo que olvidó una vez en el balcón, bajo la lluvia, y que quedó hecho un borrón gris. Entonces se dio cuenta de que las voces de los otros niños se callaban por unos instantes, y todo volvía a ser silencio. Se hubiera escuchado hasta el ruido de una pluma cayendo al suelo. Luego volvían a escucharse. Pensó que lo único que podía hacer era seguir adelante.



Durante uno de esos intervalos sin voces, distinguió un lloriqueo del otro lado de la pared, a su derecha. Se oía muy quedito, como apagado, o como si la persona que lloraba no quisiera que nadie se diera cuenta de que lo hacía. Acercó la oreja a la pared, que se sentía helada y un poco húmeda.

Aunque Violeta no podía verlo, allí estaba un niño que se movía a gatas, con su pijama de Transformers ya rasgada a la altura de las rodillas; también estaba sucio, bastante sucio. Si lloraba era porque se sentía cansado de subir unas interminables escaleras de madera, demasiado altas —como si fueran para personas adultas, aunque no para gigantes—, con bordes superafilados y sin ángulos rectos, sino todos agudos, agudísimos. Las subía con mucho cuidado porque si no lo hacía así, terminaría todo cortado. El lugar donde él se encontraba no era un pasillo, sino unas escaleras que subían en espiral a ningún lado.

Tiempo atrás —aquel niño tampoco sabía si habían pasado horas o minutos—, se vio de pronto sobre uno de esos escalones, sin saber cómo había llegado hasta allí. Miró hacia abajo, pero las escaleras no terminaban en ningún punto; hacia arriba sucedía lo mismo. No sabía de dónde venían ni a qué lugar llevaban. En ese momento pensó que tenía dos opciones: subir o bajar.

Subió porque arriba también brillaba una luz muy pequeña que, según creía, lo llevaría a la salida. Veía apenas lo suficiente para distinguir los escalones de madera, llenos de astillas. Así que comenzó a subir. Pero luego de mucho tiempo no avanzaba, o no parecía hacerlo. Sentía que seguía en el mismo lugar. Así que su llanto, que llamó la atención de Violeta del otro lado de la pared, se debía a la desesperación y al cansancio. Pero eso no lo sabía la niña, que sólo podía escucharlo sin comprenderlo del todo.

—*Shhh*, no estás solo.

Pronunció esas palabras de consuelo sin preocuparse por si la escuchaba, sin estar segura siquiera de si ella las había dicho. Le salieron desde adentro. La verdad era que saber que alguien estaba junto a ella, aunque fuera del otro lado de la pared, le daba tranquilidad. En fin, no podía hacer mucho más por el niño. Tampoco se le ocurría nada. Violeta ni siquiera sabía el nombre de aquel pequeño, que seguramente terminó dormido sobre uno de esos escalones descarapelados, o que quizá lloró hasta que perdió la conciencia.

Aunque el niño de la pijama de Transformers procuraba no hacer ruido, los mismos lloriqueos llegaron a otro espacio que estaba del otro lado del pasillo de Violeta, a su izquierda. Allí, un niño con una camiseta de fútbol de un gris muy tenue, con el número 17 en la espalda, un globo terráqueo con el continente americano remarcado y las letras C y A en el pecho, se encontraba entre un precipicio y una pared. No se imaginaba que del otro lado de esa pared había un pasillo con pisos palaciegos y candelabros elegantes. Para él sólo existía el muro a su espalda y el negro superprofundo que comenzaba a unos centímetros de los dedos de sus pies.

Apoyaba la espalda sobre ese muro, que le calaba justo entre el uno y el siete, también en los brazos y en las palmas de las manos. No sabía cómo había aparecido de pronto ante un abismo tan grande. Como Violeta y el niño de la pijama de Transformers, nada tenía explicación. Ni eso ni el murmullo de palabras incomprensibles que sonaban junto a su oído. Parecían estar en otro idioma y le ponían los pelos de punta.

Frente a él estaba esa pared de ladrillos; unos sobresalían y formaban picos muy afilados, otros parecían estar a punto de caer al fondo negro del pozo. Eso era: un pozo. Como los pozos de agua que había visto en las diferen-

tes versiones de Batman. ¿No había caído Batman en uno igual, donde pasó varios días rodeado de murciélagos? ¿Estaría él rodeado de murciélagos?

Sin embargo, él no había caminado para llegar hasta ese punto, y tampoco se había caído; sólo estuvo ahí desde el principio. «¿Cuál principio?», se preguntó. Igual que los otros dos niños, veía un punto de luz arriba, una posible salida a la que no sabía cómo llegar.

Poco a poco escuchó los lloriqueos del niño de las escaleras, pero también otros gritos y voces de auxilio, palabras imposibles de entender. Quizá no le llegaban con tanta claridad como a Violeta, a la que él no conocía y de cuya existencia tampoco sabía. Para él lo único que existía era el precipicio y el punto de luz de arriba, que le daba una razón para seguir esforzándose por salir. Debido a su cansancio. Tomó parte de su camisa con los dedos: le desagradaba el color gris de aquel mundo sin colores. Si tan sólo llevara sus tachones... Se movió un poco a la izquierda. Luego a la derecha. No le gustaba sentir miedo, así que decidió hacer lo que había pensado desde que se encontró en esa situación: deslizarse por ese borde angostísimo que subía en espiral. Siguiéndolo, tal vez llegara a alguna parte, tarde o temprano, si no se rendía. Pero pasaron muchos minutos. Tantos que, con el esfuerzo que le costaba deslizarse pegadito al muro, ya comenzaba a sentir cansancio. Estaba más agotado que al término de uno de sus partidos de fútbol o de tenis. Y no podía quedarse dormido ni descansar porque, si lo hacía, caería por el precipicio. No le quedaba más que seguir.

Como ellos, muchos otros niños recorrían diferentes pasadizos angostos, túneles oscuros y helados, escaleras rechinantes, corredores interminables, salones vacíos, laberintos sin salida, cuevas húmedas y tétricas... Muy cerca unos de otros. Y todos seguían adelante, con mucho miedo, como si hubiera algo que los guiara, una fuerza oculta que

los obligaba a moverse en la misma dirección: la que indicaba esa lucecita, que lo único que hacía era darle a cada uno una esperanza muy pequeña para mantenerlo avanzando, cansándose. Ese punto de luz era algo así como la famosa zanahoria que les cuelgan enfrente a los caballos o burros en las caricaturas para que no dejen de caminar, aunque nunca la vayan a alcanzar. Además, los niños tenían que seguir caminando porque los caminos iban cerrándose a sus espaldas, las luces perdiéndose, las paredes cayendo o moviéndose, negándoles la posibilidad de volver sobre sus pasos.

Avanzaban siempre con la idea de que al final algo los sorprendería. Como en una casa embrujada de esas que instalan en las ferias, en las que sólo hay un camino y se sabe que, aunque se vayan sufriendo pequeños sustos, al final llegará uno mucho más grande. Ese mismo miedo era el que sentían todos: anticipaban un susto mucho más grande, pero sabían que no tenían más opción que seguir avanzando. Quizá su único consuelo era que no caminaban solos, que las voces de los demás, en su mismo idioma y en otros, sus gritos ahogados, los hacían sentir acompañados.

Violeta tampoco dejó de caminar. Pese a la poca visibilidad, fue avanzando por el corredor, mezcla de cueva con palacio. Unos pasos más adelante —pocos o muchos, quién sabe—, alcanzó a ver una luz blanca que atravesaba la pared de la izquierda, colándose entre dos piedras negras. Se detuvo y pegó el ojo. Trató de ver hacia el otro lado, pero no distinguió nada. Introdujo un dedo y sintió una brisa de aire helado en su yema raspada. Al sacar el dedo, se cayó un poco de la pared, polvo o fragmentitos de piedra, como si esos muros rugosos, que se veían tan sólidos porque parecían contruidos con piedras de río, en realidad estuvieran hechos de hule espuma; como si fueran de mentira, de esos que se encuentran en las áreas de juegos de fiestas infantiles

o en los antiguos restaurantes de hamburguesas. Comenzó a rascar, primero con timidez, luego con mayor energía, casi con enojo, y al final con todas sus fuerzas; el hoyito fue creciendo poco a poco. A continuación rascó con toda la mano, después con las dos, hasta lograr una abertura lo suficientemente grande para dar un salto y colarse de cabeza.

Cayó del otro lado y se encontró en un pasillo muy diferente, sin características especiales, sin pisos de palacio ni paredes de piedra. De ese lado los muros eran sencillos, lisos, de un gris muy tenue. El pasillo parecía dar vueltas, no era recto como el anterior. Se echó a andar. Ya no escuchaba los lloriqueos, quizá porque se había alejado demasiado.

Lejos de Violeta, el niño de la camisa de futbol siguió arrastrándose pegado a la pared, subió y llegó a la boca del pozo sintiéndose Batman. Con esfuerzo, colocó las palmas de las manos en la parte superior y logró asomar la cabeza; después se impulsó y salió del agujero. ¡Por fin! Pero el cuerpo le dolía demasiado y lo sentía destruido.

Deseaba acostarse aunque sólo fuera por un momento. Tal vez cerrar los ojos un rato antes de continuar, o incluso dormir unos minutos para recuperar fuerzas. Parecía una buena idea, sin duda, pero en su interior sentía que no estaba solo, como si alguien lo siguiera con la mirada sin importar dónde estuviera. Se tomó entonces unos segundos para recuperar el aliento, para regularizar su respiración y acostumar sus ojos a la luz, que, si bien no era demasiado brillante, resultaba cegadora comparada con la del interior del pozo. No se trataba de luz natural de sol, pero tampoco era la de una lámpara o una farola; era un resplandor que provenía más bien de los mismos —y pocos— tonos blancos que había encontrado.

No estaba, como había imaginado, en un campo. De pronto se hallaba en una sala repleta de juguetes maltratados, de accesorios sucios y deformes para fiestas infantiles,

de carruseles hechos pedazos, de inflables no tan inflados, de resbaladillas y trampolines rotos; todo estaba apilado como si el cuarto se utilizara como bodega de juguetes y juegos defectuosos. La falta de colores —rojos, verdes, amarillos— sólo los hacía ver más gastados y deprimentes. Como si fuera un almacén para juguetes de horror. En la habitación sólo había una puerta: sus opciones eran cruzarla o quedarse ahí, rodeado de todos esos cadáveres de plástico y madera. Colocó una mano sobre la perilla, claro, con temor.

En otro lugar, Violeta también se encontraba ante una puerta que intentó abrir. Era una entre muchas, todas idénticas y todas cerradas con llave. Luego de demasiados intentos, al fin encontró una abierta: cruzó.

El niño con el número 17 sobre la espalda también abrió la puerta.

Del otro lado de ambas puertas los sorprendió lo que parecía ser una cortina de color gris oscuro, que caía justo del otro lado del marco, bloqueándoles la vista. Tocarón aquella pesada cortina. La sintieron.

El niño corrió la cortina.

Violeta corrió la cortina.

Ninguno de los dos podía creer lo que había del otro lado.

Capítulo 3

DOS BANDOS TENEBRÓSOS

Una pista de circo. Una pista de circo que era, a la vez, como ninguna otra que hubieran visto y como todas las que habían imaginado. Violeta, por supuesto, seguía sin entender en dónde estaba: no encontraba sentido alguno a los pasillos sin fin, las habitaciones y ahora la pista de circo. Por lo que veía, asumió que debía mantenerse bien calladita y ocultarse detrás de una de las butacas vacías. Ni se imaginaba que detrás de uno de los asientos se escondía el niño de la camisa de fútbol, que se había quedado en silencio igual que ella y veía incrédulo lo que tenía delante. Pero, aunque Violeta lo supiera, tampoco sería lo más impresionante del lugar, porque lo que estaba por presenciar no lo había imaginado ni en la peor de sus pesadillas.



